



EL PASAJE DE LOS PANORAMAS



100% SOSTENIBLE
100% RESPONSABLES
100% COMPROMETIDOS

ASÍ HEMOS HECHO ESTE LIBRO



Salvo casos excepcionales, trabajamos con una empresa papelera que funciona con biocombustibles locales y se abastece de los bosques cercanos, que gestiona de forma estrictamente sostenible. Ha implantado voluntariamente el Reglamento de la Unión Europea de Ecogestión y Ecoauditoría, y WWF la considera una de las fábricas más sostenibles del mundo.



Allí fabrican el papel interior y exterior con el que se ha hecho este libro, con unas emisiones certificadas de 365 kg de CO₂ por tonelada de papel: un 50 % menos que la media europea y un 75 % menos que la media española. En otras palabras: uno de los papeles más sostenibles del mercado (además de tener las certificaciones FSC, PEFC, ISO9001, ISO14001 y EU Ecolabel).



Uno de los mayores problemas ecológicos a la hora de fabricar papel (y de hacer libros) es el consumo de agua: la media europea está entre 10 y 15 litros por kilo según la European Environmental Agency. La fabricación del papel interior y exterior de este libro ha consumido sólo entre 3 y 4 litros.



Queremos eliminar todos los materiales de origen fósil de nuestros libros y de nuestro trabajo. Por eso este libro no está plastificado (si lo estuviera, su tirada habría consumido más de 500 m² de plástico).



El transporte del papel desde la empresa papelera hasta la imprenta se hace, en buena medida, en trenes de larga distancia, e imprimimos a menos de 300 km de nuestra oficina, todo lo cual nos permite reducir notablemente las emisiones contaminantes.



Una vez fabricados los libros, los envíos que dependen de nosotros se realizan mediante una mensajería ecológica: el 100 % de las recogidas y buena parte de las entregas se hacen andando o en bici. Para las entregas que no se pueden hacer sin medios motorizados hemos elegido a la mensajería con el plan de reducción de emisiones más ambicioso para 2025.



Toda la energía utilizada para editar este libro es 100 % energía verde renovable y certificada. Además proviene de una cooperativa de la que nuestra editorial es miembro, de modo que consumimos la energía que previamente producimos en instalaciones solares, eólicas o de biomasa.



Todos los recursos económicos utilizados para editar este libro estaban depositados en la banca ética, y allí llegarán también los beneficios (¡esperemos que los haya!). De este modo garantizamos que este dinero sólo revertirá sobre proyectos sostenibles, con un interés social, cultural y medioambiental, sin inversiones en la economía de las energías fósiles.

Si quieres más información sobre estas cuestiones puedes leer el apartado «Compromisos» de nuestra página web o escribirnos a info@erratanaturae.com.

LAS VIRTUDES DEL HUERTO

CULTIVAR LA TIERRA ES CULTIVAR LA FELICIDAD

PIA PERA

TRADUCCIÓN DE JUAN MANUEL SALMERÓN ARJONA



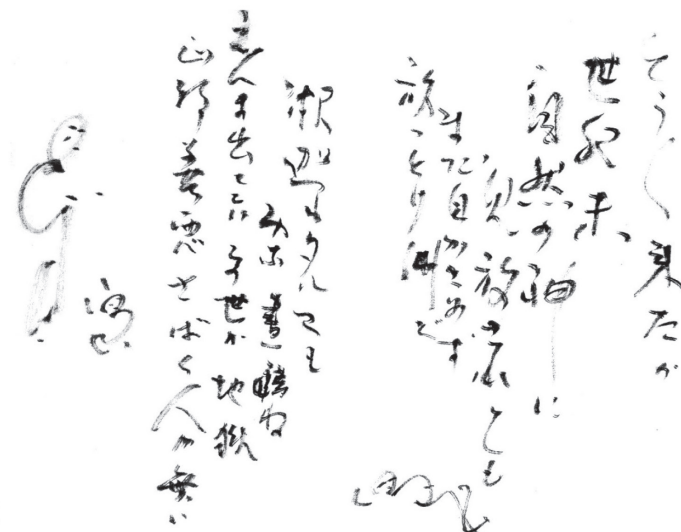
errata naturae

PRIMERA EDICIÓN: mayo de 2023
TÍTULO ORIGINAL: *La virtù dell'orto.*
Coltivando la terra si coltiva anche la felicità

© Pia Pera, 2018
Derechos adquiridos a través de Italian Literary Agency
y Ute Körner Literary Agent
© de la traducción, Juan Manuel Salmerón Arjona, 2023
© Errata naturae editores, 2023
C/ Sebastián Elcano 32, oficina 25
28012 Madrid
info@erratanaturae.com
www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-19158-33-8
DEPÓSITO LEGAL: M-6957-2023
CÓDIGO IBIC: FA
IMAGEN DE PORTADA: *Dig Deep*, © Leah Duncan
MAQUETACIÓN: A. S.
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.



¿Es éste el fin del mundo?
Sumidos en un sueño profundo,
los hombres abandonan la Madre Naturaleza.
Duermen también Buda y Dharma.
¿Por qué? Porque ya nadie se preocupa.
¡Yama, por favor, socorre a esta tierra!
Los hombres y las mujeres han perdido
[la noción del bien y del mal,
de la pureza y de la maldad.

Masanobu Fukuoka,
Dehradun, marzo de 2003
A la autora.

PRÓLOGO

¿Será verdad que el huerto sienta bien?

Veamos.

Hoy estoy inquieta, nerviosa, distraída, no me concentro en nada. No sé ni lo que quiero. Me encuentro mal. Casi no sé qué pinto en este mundo.

Me voy al huerto.

Eso quiere decir: me ciño a la cintura la funda de la podadora, atravieso el jardín, de paso corto una rama seca y, ya puesta, me acerco a los frutales a ver si han madurado las moras. Sí, ya hay algunas maduras: bien negras, tan jugosas que, cuando las cojo y me las llevo a la boca, se me manchan los dedos.

Sólo con comerme algunas desaparece mi mal humor. Llego al huerto y no recuerdo a qué venía. Miro a un lado y otro. ¡Hala!, los tomates han crecido, hay que encañarlos porque, si no, el viento los parte y se enmarañan. También hay que regar los calabacines. Y despuntar la albahaca, mira por dónde acabaré haciéndome un pesto.

Me pongo manos a la obra, las plantas me dicen por qué he ido: para cuidarnos. Cuídanos y a cambio te damos de comer.

Algo es algo. Aún no tengo del todo claro qué pinto en el mundo, pero al menos este trocito de él me ofrece una respuesta que me anima. Me siento menos abatida.

¡Qué bonito es el simple hecho de estar aquí! ¡Y qué triste sería no estar!

Regreso a casa con un cesto lleno de cosas ricas. El viento se ha llevado las nubes, se ve el azul del cielo.

¿Qué me habrá pasado? Deberíamos interrogar a las ciencias cognitivas. Yo, sólo de oír estas dos palabras —ciencia y cognitivo—, me echo a temblar. Tengo amigas doctísimas que saben mucho del tema. Cuando las escucho apenas las entiendo. Peor aún, parece que me hago una idea, me da la sensación de que las comprendo. ¿No es eso el colmo de la ignorancia?

Con todo, haré una conjetura de lo que ha ocurrido. Creo que en ciertas ocasiones no conviene coger el toro por los cuernos. A veces es preferible afrontar un conflicto de manera indirecta. Sé de un marido que dice que, cuando surge un desencuentro en la pareja, lo mejor es no hablar del tema. Su mujer no siempre está de acuerdo, pero la verdad es que es una de las pocas parejas que conozco que llevan medio siglo juntos y nunca se han separado. Él dice que lo único que conseguimos cuando hablamos de los problemas, los analizamos y los interpretamos, es agravarlos. Caemos en una telaraña de palabras de la que somos incapaces de escapar.

Para salir de un estado de ánimo difícil, tenemos que salir, literalmente, de donde estemos: creo que es uno de los muchos casos en los que el cuerpo ayuda a la mente.

Esto se llama «relajación», un término que en mi lengua me irrita casi tanto como en inglés: *relax*. Pero, aunque me dé rabia, he de reconocer que, en esencia, se trata de eso. La mente se relaja cuando practicamos alguna actividad física: hacemos yoga, damos una vuelta por el jardín, nos dedicamos a algún trabajito de carpintería, preparamos una tarta, nos afanamos en el huerto, abrazamos a un ser querido, paseamos al perro o meditamos pensando en lo que nuestro cuerpo siente.

Volver al cuerpo nos ayuda a distanciarnos de la mente. Obliga a la mente a no creerse tan importante. La relega a un segundo plano, le impide atormentarnos con sus problemas, que no son necesariamente falsos, pero sí están magnificados. Volver al cuerpo es una manera muy eficaz de evitar que la mente se crea el centro del universo.

Cuando nuestras únicas actividades son mentales, corremos el riesgo de ahogarnos en un mar de irrealidad. Porque a menudo, como suele decirse, ¡todo está en la cabeza! ¿Qué mejor, pues, que oponer, a un bombardeo mental, unos fuegos artificiales de sensaciones físicas?

Al aire libre, en un jardín exuberante, hallaremos un antídoto que a un tiempo nos desintoxicará e intervendrá en todas las sensaciones, no sólo las recibidas a través de la vista, que es el más mental y abstracto de los sentidos. Claro, la primera impresión será seguramente visual, quizá ya lo bastante intensa para ahuyentar cualquier preocupación. Porque la armonía de un paisaje, la belleza de una flor, un contraste de innumerables matices de verde son algo delicioso. Si a eso añadimos una fragancia tan

exquisita que nos haga cerrar los ojos para aspirarla mejor, la música del viento entre las cañas de bambú, el suave rumor de los altramuces secos cuando los rozamos, el crujir de las hojas al pisarlas... ¿no bastará esto para captar nuestra atención?

Si, además, emprendemos cualquier tarea, nos absorberá por completo. Hay albaricoques listos para recolectarlos, por lo menos probaremos uno. ¡Qué rico, qué jugoso y sabroso! ¿Y esos melocotones cuya piel se asemeja al más suave terciopelo? Por otra parte, ¿no es estupendo disfrutar al instante del resultado de una acción? Trabajar en el jardín refuerza el vínculo entre acción y efecto: algo, muy gratificante, que es todo lo contrario de la depresión, ese horrible estado en el que nos parece que ninguna iniciativa conducirá nunca a nada hermoso y agradable.

¿Qué ha sucedido entonces? Del malhumor casi ni nos acordamos. Entre las plantas tenemos la impresión de que hemos hallado nuestro lugar en el mundo, de que estamos justo donde deberíamos estar.

¿Será por la más primordial de las complementariedades, la que existe entre animal y planta, entre criaturas especularmente opuestas que se nutren del aliento de la otra?

No lo sé. Pero lo importante es eso: que funciona.

TERRENOS INCULTOS

Las circunstancias externas de nuestro jardín son irrelevantes. Como la mente, como el corazón, como los estados de ánimo, el jardín interior es tan ubicuo como el jardín planetario.

Es una buena noticia: no es indispensable tener un jardín. Sentiremos la felicidad que nos procura el contacto con las plantas y la tierra a la menor oportunidad de satisfacer el impulso de cuidar de ellas; de cuidar, si no del mundo entero —¿quién podría?—, al menos de un trocito de él.

¿Qué factores han determinado esta nueva visión? Muchos. Fue importante, por ejemplo, pasar de la figura tradicional del arquitecto-paisajista a la del jardinero-filósofo. Pienso en Gilles Clément: con su idea de que cuanto hace un jardinero afecta al resto del mundo, encarna la sensibilidad de nuestro tiempo, hasta el punto de que hablar de él es casi contar nuestra propia historia. Y una cosa es cierta: le debemos algo importantísimo, las palabras con las que contarla.

Creo que su visión nació de un dolor inmenso: el de asistir, de niño, a la crueldad con la que su padre combatía,